

Históricas Digital

María Luisa Flores

“Hacia una poética
de la historiografía náhuatl”

p. 195-206

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Hacia una poética de la historiografía náhuatl*

MARÍA LUISA FLORES
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

A Boris, una de cal por las que van de arena

Presentación

La literatura, su crítica y la lingüística son algunos de los medios a través de los cuales los historiadores se acercan al pasado. Muestra de ello son las recientes preguntas sobre la interpretación del hecho histórico dentro del mundo de la ficción y el de la historia.¹

En México desde el siglo XIX existe una tradición de búsqueda de la identidad nacional, misma que crecerá después de los procesos políticos causados por la Revolución Mexicana. A esta búsqueda tratará de responder el Ateneo de la Juventud, el cual originó firmes bases de discusión en este sentido sobre las cuales siguieron trabajando diversos grupos. Sus principales descendientes intelectuales se ubican en las primeras cuatro décadas del siglo XIX; entre ellos se puede mencionar a los Siete Sabios, los Contemporáneos y el Hiperión como los grupos más distinguibles.

A la par, la tendencia nacionalista en la crítica la representan escritores independientes como Andrés Henestrosa, Vicente T. Mendoza, Rosario Castellanos, Octaviano Valdés, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y Ángel María Garibay, entre otros. Estos últimos cuatro estuvieron agrupados en torno de la revista *Ábside*, proyecto intelectual que reunió a lo mejor de la escritura de esos años y al cual se sumaron muchos escritores y críticos de la literatura tales como Francisco Alday, Alberto María Carreño, Antonio Gómez Robledo, Alfonso Junco, Gabriela Mistral y José Rojas Garcidueñas, entre otros. *Ábside*, por su duración, rigor aca-

* El presente trabajo se refiere a la obra de Ángel María Garibay Kintana, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Porrúa, 1953 y 1954, ils. (Biblioteca Porrúa). Durante varios años la obra apareció en dos volúmenes y tuvo dos reimpressiones, pero a partir de 1992 la editorial incluyó la obra dentro de su colección "Sepan cuantos..., 626" y se editó como un solo volumen con XXXI-926 p. A esta edición corresponden las referencias que se hacen dentro del texto.

¹ Véase Hayden White, *Metalistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p. (Sección de Obras de Historia).

démico y pluralidad, se convertirá en uno de los proyectos modélicos, paralelo al de los suplementos culturales en México en el siglo XX.²

Desde el marco de la búsqueda del ser de lo mexicano presento la obra *Historia de la literatura náhuatl* de Ángel María Garibay, que se convierte en una interpretación del pasado prehispánico desde la literatura y la filología.

Traducción e historia

La traducción, como necesidad de comprensión del Otro, nace en México en el momento del contacto entre América y Europa. Existía la exigencia de encontrar una explicación inmediata a lo no previsto en las Escrituras: un mundo nuevo y unos pueblos ajenos que, por si fuera poco, poseían lengua y tradición documental propia.

Frente al menosprecio de los conquistadores, unos cuantos, sobre todo clérigos, encontrarán en este mundo nuevo fuentes vastísimas de asombro, conocimiento y amor por los conquistados. Los esfuerzos de comprensión de Olmos, Sahagún, Motolinía, Las Casas, Durán y otros más serán retomados en los siglos posteriores, aportando datos relevantes para poder seguir este proceso iniciado desde los primeros momentos del encuentro entre españoles e indígenas hasta los primeros años de la naciente República.

Durante el siglo XIX continúa una profusa actividad de traducción, esta vez dirigida a los clásicos y los contemporáneos. Y si bien la atmósfera cultural que creó la Independencia de México alentó el romanticismo literario, inclinando la cabeza hacia el pasado, sólo encontraremos, en el terreno de lo prehispánico, ejemplos de recopilación y publicación de textos y noticias sobre las "antigüedades mexicanas", con el objeto de fincar los orígenes textuales y las fuentes simbólicas de la surgiente nación.

Más tarde, en el siglo XX, los autores desde diversas posiciones ideológicas se proponen recuperar el pasado textual sin los atavismos del positivismo, y así se abren nuevamente las puertas a lo prehispánico, lo colonial y los clásicos como fuentes legítimas de lo mexicano, siendo la expresión más acabada de esta tendencia la obra filosófica de José Vasconcelos.³

² Baste con mencionar el esfuerzo que en este sentido realizaron Fernando Benítez, en *México en la cultura* y *La cultura en México*; Octavio Paz, en *Taller*, y la Generación de Medio Siglo en la que se incluyen Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea y Salvador Elizondo, entre otros muchos.

³ Véase Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México post-revolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 744 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 21).

Todos buscarán a su manera “el sueño criollo”⁴ del Homero en Cuernavaca⁵ de integrar el cosmopolitismo al nuevo país que se vislumbraba después de la gesta revolucionaria. Se trataba de encontrar histórica y epistemológicamente los nuevos valores culturales. Así el gran reto del momento no sólo era comprender sino interpretar y difundir.

El periodo que llega hasta el México revolucionario en el quehacer histórico tiene todavía una producción matizada por una hermenéutica clásica. Ello no obsta para que a principios del siglo XX la elite intelectual se dé a la tarea de recuperar el pasado, ahora sí con la idea del mestizaje muy clara en la construcción del ser del mexicano, y en este sentido Ángel María Garibay será un importante afluente de la refundación interpretativa del pasado prehispánico, desde tres grandes líneas: la recuperación de las fuentes y su traducción, y el análisis filológico de las mismas, así como la difusión de este conocimiento para la cultura nacional.

Un poeta sólo puede ser traducido por otro poeta

Antes de que Garibay difundiese en castellano la producción literaria de los antiguos nahuas, ésta era prácticamente desconocida. Y aún se dudaba de su existencia, fuera de un reducido círculo de eruditos: Prescott, García Icazbalceta, Fernando Ramírez, Chavero y Brinton habían ya reunido, rescatado y publicado documentos que daban razón de ella. Pero existía aun el hueco de una investigación acuciosa que se dedicara por completo al fenómeno literario. Eduard Seller había avanzado en una primera aproximación con la traducción de los *Cantares* recogidos por Sahagún. Otros, como Spence, J. H. Cornyn —entre los extranjeros— o Mariano Jacobo Rojas y Rubén M. Campos, tuvieron una significación parcial.

Antes de la obra que aquí analizamos, Ángel María Garibay ya había publicado *Morfemas nominales en otomí* (1934), *Llave del náhuatl* (1940), *Poesía indígena de la altiplanicie* (1940), el estudio introductorio a *La Conquista espiritual de México* de Robert Ricard (1947), la paleografía de *El Códice de Metepec* (1949) y *Épica náhuatl* (1952).⁶

⁴ Ignacio Osorio, *El sueño criollo. José Antonio de Villerías y Roelas (1695-1728)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1991, 416 p. (Biblioteca Humanística Mexicana, 7).

⁵ Alfonso Reyes, *Homero en Cuernavaca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 49 p. (Tezontle).

⁶ Posteriormente Garibay publicó los siguientes: la introducción y notas a la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún (1956); “Supervivencia de cultura intelectual precolombina entre los otomíes de Huixquilucan” (1957); *Veinte himnos sacros de*

En 1953 y 1954 Garibay entrega sus primeros dos volúmenes de la *Historia de la literatura náhuatl*, animado en esta empresa por sus amigos Agustín Yáñez y Gabriel Méndez Plancarte. El primer volumen abarcó lo que él llama la “Etapa autónoma” (1430-1521), la cual sería un conjunto de producciones del tiempo prehispánico; el segundo es “El trauma de la Conquista”, que va desde la caída de Tenochtitlan hasta 1750, año en que, según apunta el propio Garibay, la tendencia hispanizante se recrudece y obliga al náhuatl a replegarse sobre todo en cuanto a su producción literaria. Casi todos los textos que Garibay analiza se circunscriben al altiplano mexicano. De las fuentes utilizadas en esta reconstrucción, once manuscritos están en náhuatl, de los cuales Garibay realizará la traducción directa para su análisis; otros más se estudian en latín y algunos otros a través de sus versiones en alemán.

En la *Historia de la literatura náhuatl* estudia los diversos aspectos de la producción literaria de “los antiguos mexicanos”: la poesía religiosa y lírica, los himnos épicos, la poesía dramática, las diversas formas de prosa, los textos históricos, y los que él llama “imaginativos”, sin descuidar la producción en la misma lengua náhuatl después de la Conquista.

Garibay presenta el pensamiento del mundo náhuatl metódica y orgánicamente: fija orígenes, lugares, autores, rasgos estilísticos y cuanto es propio de los *cuicatl*, cantos y poemas, y de los *tlahtolli*, discursos, relatos, anales históricos. Al analizar los varios géneros de la poesía resulta muy interesante su estudio sobre la métrica, especialmente el cotejo de ésta con la salmodia bíblica.

Al emprender el estudio de la primera parte que abarca diez extensos capítulos, reproduce estos pensamientos que había formulado en otro estudio sobre “La épica azteca”:⁷

La poesía, la más completa y perfecta de todas las artes, es la expresión musical del pensamiento. Nace del sentimiento del ritmo y de la armonía a cuyas leyes se acomoda la palabra. La música, que es un arte menos completo y que presta a la poesía uno de sus dos elementos esenciales,

los nahuas (1958); *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista* (1959); la introducción y notas a la *Relación de las cosas de Yucatán de fray Diego de Landa* (1959); el estudio a la *Historia antigua y de la Conquista de México* de Manuel Orozco y Berra (1960); *Vida económica de Tenochtitlan* (1961); *Panorama literario de los pueblos nahuas* (1963); *Poesía náhuatl. Manuscrito de Juan Bautista Pomar. Texcoco. 1582*; *Poesía náhuatl. Cantares Mexicanos. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México* (1964); *La literatura de los aztecas* (1964); *Flor y canto del arte prehispánico* (1964); *Libellus de medicinalibus. Indoriun herbis. Códice Badiano o Barberini* (1964); *Huehuetlatolli. Documento A. Manuscrito de la Biblioteca Bancroft (s/f)*, la dirección e introducción del *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México* (1964), y *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI* (1965). En esta relación hemos dejado de lado las traducciones que hiciera de los textos griegos y hebreos y que dan cuenta de la universalidad de su pensamiento.

⁷ “La épica azteca”, *Ábside*, v. IV, 1940, p. 57.

tiene por sí misma un carácter definido. Otro tanto puede decirse de la danza, que acomoda los movimientos del cuerpo a las leyes del ritmo. Estas tres artes inseparables formaban en la antigüedad un arte único, que constituía la base de la educación humana. El ritmo, a su vez, es engendrado por la sucesión y retorno prosódico de la diversa duración de los sonidos [p. 60-61].

Y como el propósito de Garibay consiste en hacer patente que los poetas indígenas dieron a sus composiciones un indudable ritmo, agrega todavía: "Danza y canto son fenómenos sociales de todo grupo humano. El andar mismo es ya un germen de danza, y la voz llena de ondulaciones del canto. Por ello el ritmo es tan espontáneo como el paso y la palabra" (p. 61). Prueba de manera indudable la existencia de ese ritmo con los varios ejemplos que aduce: *Oncan tonaz oncan tlathuiz / Oncan yezque ayamo nican* (p. 62) y otros ejemplos que recuerdan los decasílabos.

Y nos lleva a conocer la poesía, tomándonos casi de la mano, a presenciar cómo surge y cómo se desarrolla cada uno de los géneros de aquella, cada uno de sus diversos caracteres.

Al tratar la poesía dramática escribe que es complejo encontrar en la historia de los cultos religiosos uno de ritual más complicado y aparatoso que el de los antiguos mexicanos:

La abundantísima documentación en que fundó Sahagún su libro II, así como los informes recogidos de Durán, que alcanzó a recibir desde su niñez noticias y descripciones verbales de quienes habían visto en paz completa aquellos ritos, nos han enriquecido del conocimiento tan preciso que podemos reconstruir todo el ceremonial. Y éste era un verdadero teatro perpetuo, a la luz del día, o la iluminada claridad de la noche, y pasaba interminablemente ante los ojos de la multitud [...]. Si el término teatro dice referencia a la contemplación de los ojos, había aquí una vistosa serie de espectáculos, que eran solamente soporte de la música instrumental y del canto. Aquí y allá percibimos los vestigios de la farsa. En este punto, como en tantos otros, fue la emoción religiosa la que creó el espectáculo y la literatura que en este espectáculo se encarnaba [p. 333].

Los ritmos musicales que acompañan a la danza de los recitadores, la policromía de su atuendo, el conjunto —es casi seguro— ofreció un espectáculo de singular belleza.

A lo largo de la primera parte se ven abundantes ejemplos de textos traducidos con esmero y atiende a lo que es característico de cada género de composiciones, recursos estilísticos, empleo frecuente de determinadas metáforas y formas de expresión.

Los ejemplos documentales que presenta, fuentes de primerísima mano, y que analiza con minuciosidad, son indudable confirmación de

su tesis. O bien habría que decir que la tesis hace tratar a los documentos de manera sesgada y no como traducciones completas en los casos de los manuscritos en náhuatl y otras veces utilizará una misma obra para patentar diferentes categorías. Es decir que el análisis de los géneros literarios obliga al autor, a partir de su paradigma de investigación, a presentar los documentos mediante cortes o de manera fragmentada.

Si bien es cierto que don Ángel concede especial atención a la poesía, da lugar a la prosa y su examen lo lleva a clasificarla en discursos didácticos, históricos, descollando los *huehuehtlahtolli* o pláticas de los ancianos, sin que falten los adagios y los *zazamiles* o adivinanzas.

Hace ver con justa razón que “la historia de nuestra Anáhuac [...] no cede en valor documental a ninguna de las conocidas en la cultura universal” (p. 449).

En su segunda parte existen once capítulos que nos hablan de cómo, con el tiempo, ocurre una cierta fusión de géneros y de tendencias literarias. Es la Conquista la que deja una profunda huella, por ejemplo, en los sabios indígenas que componían cantos, expresaban discursos y redactaban crónicas. Pero a la par recorre el camino de algunos misioneros, de modo especial los franciscanos, quienes con un gran sentido humanista indagaron sobre el pasado indígena y comprendieron la riqueza extraordinaria del pensamiento y la creatividad indígenas.

En otros capítulos, Garibay se encarga de los misioneros etnógrafos como Sahagún; le siguen los de la poesía después de la Conquista, el teatro catequístico y la literatura didáctica. Esta última abarca obras que van desde las doctrinas hasta aportaciones como el *Espejo divino* de fray Juan de Mijangos.

Los últimos tres capítulos están dedicados a lo que él llama “obras típicas de indios”, conjunto de relatos colmados de fuerza y emoción que manifiestan una tendencia hacia la edificación, a la defensa, a la apología, restaurando más o menos veladamente las viejas maneras de expresión usadas antes del advenimiento de la cultura europea; así como otros relatos en náhuatl acerca de las apariciones de la virgen de Guadalupe:

Dice Garibay:

[Estas] manifestaciones dan prueba de su excelente capacidad de adaptación literaria, una de las más valiosas en el escritor de raza.

Es evidente que los frailes franciscanos no pudieron expresarse de esta forma.

Favor de oír, amados nuestros; ya tenemos conocimiento, ya vimos, ya oímos: vosotros, no uno, sino muchos, por cierto muchísimos dioses habéis creado; los honráis, les dais culto; no tienen cuenta los que son hechura de piedra, de palo; vosotros los habéis forjado. Los tenéis

por dioses, los llamáis dioses. Tezcatlipuca, Huitzilopuchtli, [...] y otros muchos más que no tienen número.

Y si ellos fueran dioses, si ellos en verdad fueran la razón de vivir, ¿por qué muchas veces se burlan de los hombres? ¿Por qué se mofan de los hombres?, ¿por qué es que no tienen compasión de ellos? ¡Y eso que son sus propias hechuras!

¿Por qué que todos ellos, tantos como son, hasta no tener número, molestan a la gente, la mortifican, en vosotros hacen estropicios? [v. II, p. 244].

En lo concerniente a la literatura histórica analiza ampliamente las aportaciones de Tezozómoc y de Chimalpahin.

Y finalmente en lo que define como “literatura mínima” se recogen algunos conjuros y textos mágicos, como los recopilados por Hernando Ruíz de Alarcón, y fragmentos de anales poscortesianos, como el *Códice Osuna* o el *Diario* de Juan Bautista:

Del *Códice carolino*, recuperado por Del Paso y Troncoso, reproduce el siguiente texto:

Para atraer a las mujeres se hacía cierto encantamiento mediante ciertas palabras y cuatro guijarros, o chinillas o piedrecillas escogidas: la primera, azul; la segunda, amarilla pálida; la tercera, rojiza, y la cuarta, blanca.

Para cogérlas o escogérlas decía el encantador estas palabras:

“Venid acá, piedrecillas de las abejas monteses, / que varias flores chupáis cuando va a salir el sol.”

Teniéndolas ya en las manos, decía hacia el Oriente:

“Por el lugar donde el sol sale, / yo te adoro, ruego y suplico, / señora virgen, que eres azul o verdeazul.”

Al Sur:

“Yo te adoro, ruego y pido, / señora virgen, que eres áurea o amarilla.”

Al Occidente:

“Yo te adoro, venero y ruego, / señora virgen, que eres de color rosa o roja.”

También al Norte:

“Yo te ruego, venero y oro, / señora virgen que eres blanca.”

Y llevando las piedras consigo cogía la verdeazul, y teniéndola entre los dedos, tres que son pulgar, índice y cordial, habla con la piedrecilla y le dice:

“Piedrecilla, por favor; en el hueco del pie, en la vértebra de la mano suple de la joven, / vete viniendo. ¡Tal vez le demos placer, y ella nos lo dé; / tal vez en su vientre entremos, en su vientre gente dejemos [v. II, p. 322].

Concluye esta magna obra no sólo con el riguroso listado bibliográfico, sino que la acompaña generosamente un glosario de voces nahuas, índice onomástico, de lugares, pero también temático para que otros estudiosos puedan dirigirse a sus particulares exploraciones y no perderse en las más de 900 páginas que reviste *Historia de la literatura náhuatl*. Además de este desprendimiento de conocimiento, Garibay incluye un apéndice con notas biográficas de algunos forjadores de cantos de los tiempos prehispánicos, mostrando con mucho mérito que no todo fue producción anónima en el conjunto de la literatura náhuatl.

La publicación de esta obra vino a desvanecer en gran medida la vieja objeción hecha desde el siglo XVI a fray Bernardino de Sahagún. Sostenían algunos que los textos y composiciones atribuidas a los antiguos mexicanos eran en realidad invenciones, si se quiere de gran valor literario, pero invenciones al fin. Basaban su escepticismo señalando que algunas ideas de esa “pretendida literatura indígena” son cristianas o sacadas del libro del Eclesiastés. Con ello negaban la posibilidad del surgimiento de ideas universales, religiosas o morales en sociedades no occidentales. La respuesta de Garibay fue mostrar los documentos mismos y hacer ver, vía la traducción, a los textos indígenas. En sus palabras nos dice: “Ojalá que yo hubiera inventado estas composiciones, desgraciadamente sólo las he traducido”.

Reside, a mi juicio, el valor fundamental de *Historia de la literatura náhuatl* en la síntesis profunda que Garibay hace de sus conocimientos acerca de esta materia, admirable por el vasto acervo cultural, naciente de una crítica rigurosa que, en mi opinión, excluye sospechas de fantasías. Sin embargo, para los escépticos que ven en Garibay un rejuego de la ficción y la historia, es importante señalar que aunque ésta existiera, es digna de un análisis interpretativo. Con esta obra, Garibay proyecta una nueva luz procedente del español y destinada a los lectores de habla hispana. Algunos podrían pensar que acumuló demasiados epítetos laudatorios; pero quien lea esta obra y los estudios que acompañan a sus versiones se convencerá de la existencia y autenticidad de un grueso lote de literatura indígena.

También podría ser cierto que a la luz de los años la obra de Garibay pueda ser revisada en cuanto a específicos significados de la traducción, pero hay que señalar que la labor pionera de Garibay no resulta en una simple resurrección del proceso psíquico original del escriba en náhuatl,

sino una recepción del texto realizada en virtud de la comprensión de lo que se dice en él, esto es en suma una interpretación, más que una transliteración o correalización, es decir, el traslado simple palabra por palabra a otro idioma. ¿Y no todas las traducciones o interpretaciones son históricas, como el lenguaje mismo? La exigencia de fidelidad, que se plantea empero la traducción, no puede soslayar la diferencia lingüística y, por ende, se pueden encontrar situaciones en las que la decisión habrá sido inadecuada, y quedarán por cierto las dudas de que, como toda traducción —aun las magistrales, como es el caso—, deja de lado en algunos casos los armónicos que vibran en el original.⁸

El camino de la traducción como interpretación

El punto de la traducción me parece en Garibay un asunto medular de la obra, y quisiera resaltar esto porque en muchos ambientes académicos la traducción se ha considerado una actividad menor frente a la creación, pero aquélla constituye, por el contrario, una verdadera creación. Es con la traducción cuando, donde y como la palabra permite descubrir el gran tejido de la historia, la construcción de los discursos, la posibilidad de nombrar, enumerar e interpretar, el tener, el ser y el otro, para mostrarnos una vez más, que la Torre de Babel, en vez de empobrecernos, siempre nos llena de riquezas. Es la traducción transferencia que deambula desde el discurso, entre el tiempo y el espacio, para darle sentido a la interpretación, víctima y reveladora de pasiones.

La traducción no es una lingüística aplicada. Conlleva un profundo análisis del lenguaje, una contribución de la unión natural entre significante y significado, propia de la práctica social a la que llamamos escritura.⁹

Si el lenguaje es el medio universal en el que se realiza la comprensión, la forma en que se da dicha comprensión es la interpretación. En

⁸ En oposición a estas consideraciones, Alfredo López Austin en 1969 señalaba en su importante trabajo "Los textos en idioma náhuatl y los historiadores contemporáneos" que Garibay "Ofreció sus traducciones buscando un punto medio entre la fidelidad y el uso correcto y bello del castellano, entre la versión inteligible y la simplicidad sospechosa de traición al texto, entre la conservación del matiz original y la extorsión irrecatada de la lengua receptora. En un constante empeño de equilibrio, deja varias versiones distintas de una misma poesía". *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Oaxtepec, Morelos, 4-7 de noviembre de 1969*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México/The University of Texas, 1971, 758 p., gráficas, p. 33.

⁹ Véase George Steiner, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, 3a. ed., trad. de Adolfo Castañón y Aurelio Major, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 527 p. (Sección de Lengua y Estudios Literarios), p. 21.

este proceso lingüístico resulta particularmente interesante el hecho de que en la traducción dialoguen distintas lenguas, incluso aquellas divididas por el tiempo, y mediante la comprensión se recuperen sentidos, trasvasados en un mundo lingüístico nuevo, haciéndose valer, también, de una forma nueva, generando momentos inéditos, conversación hermenéutica,¹⁰ fusión de horizontes, conocimiento al fin.

Traducir es comprender, es interpretar, ese acto que le da vida al lenguaje allende el lugar y momento de su enunciación o transcripción inmediatas, y ahí la empatía se convierte en un acto tanto lingüístico como epistemológico y ontológico.

Garibay se convierte en el traductor que ha de desenmarañar el énfasis, los cortes, las omisiones, recorrer la organización semántica; aún más, resolver el insondable mar de la polisemia, de la mentira abierta y franca hasta el silencio,¹¹ en el puente eterno de ida y vuelta del lenguaje. Se pueden copiar escisiones, estructuras, repeticiones, ortografías, pero se traducen frases e ideas, presunciones, motivos, sentimientos, poesía al fin.

Para no perder la obra, el traductor ha debido prodigar en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra, una inagotable invención de estilo; es el historiador que prueba su originalidad con la traducción del náhuatl. No le basta a Garibay con traducir, es lingüista, artista, gramático y también asimila y coordina las diferencias, las notas, los prefacios, las explicaciones.

Por encima de estas consideraciones Garibay logra con *Historia de la literatura náhuatl*: 1) realizar una investigación lo más acuciosamente posible sobre la materia; 2) confirmar la existencia de una magnífica producción literaria de los antiguos nahuas comparable con la de cualquier otro pueblo del orbe, desterrando con ello las argumentaciones hispanófilas civilizatorias; 3) revelar la riqueza de literatura que en náhuatl se siguió elaborando durante los siglos novohispanos, demostrando que no todo fue producción anónima; 4) suscitar el interés de ulteriores investigaciones en

¹⁰ Al respecto dice H. G. Gadamer: "Igual que el traductor sólo hace posible, en calidad de intérprete, el acuerdo en una conversación gracias a que participa en la cosa de la que se trata, también frente al texto es presupuesto ineludible del intérprete el que participe en su sentido [...] [así] está plenamente justificado hablar de una conversación hermenéutica. La consecuencia será que la conversación hermenéutica tendrá que elaborar un lenguaje común, igual que la conversación real, así como esta elaboración de un lenguaje común tampoco consistirá en la puesta a punto de un instrumento para el fin del acuerdo, sino que, igual que la conversación, se confundirá con la realización misma del comprender y el llegar a un acuerdo". Hans Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica (1)*, 8a. ed., Salamanca, Sígueme, 1998, 697 p. (Hermeneia, 7), p. 466.

¹¹ Véase al respecto los ensayos que publica Umberto Eco bajo el título *Entre mentira e ironía*, trad. de Helena Lozano Miralles, Barcelona, Lumen, 1988, 132 p. (Palabras en el Tiempo, 289).

la materia y en la historia mesoamericana, y 5) ofrecer la fundamentación de un discurso lo suficientemente válido en aras del mestizaje.

Con la publicación de *Historia de la literatura náhuatl* se finca ampliamente un movimiento de traducción en sentido inverso a las etapas anteriores de la investigación histórica, en el cual se desarrolla un creciente interés por obras e interpretaciones del pasado prehispánico y así textos y autores mexicanos serán traducidos a otras lenguas. Paradójicamente este movimiento no tocó, por cierto, a esta obra.

Si bien la recepción de *Historia de la literatura náhuatl* no puede considerarse Biblia de eruditos y especialistas de la época prehispánica, porque las categorías y géneros propuestos para el análisis de los textos corresponden a una lectura tradicional del fenómeno literario, continúa hoy siendo referencia obligada de consulta. En este sentido Miguel León-Portilla recientemente, pero con la mirada puesta en la obra de su maestro Garibay, ha renovado dichas categorías.

Al igual que los misioneros del siglo XVI, Garibay anuda sus labores eclesiásticas con el deseo de comprender el alma indígena. Imbuido de una encomienda cultural y de compromiso con "lo mexicano", fincado en la omnipresencia del humanismo grecolatino, lo estético en la filosofía y el estudio de las lenguas le permitirán vislumbrar los horizontes verdaderamente universales del pasado prehispánico. Ante la tríada historia-ficción-traducción no hay documento cultural que no sea al mismo tiempo una crónica y una fuente de la historia.

